



L **Sacramento admirable**
La primera celebración del Corpus Christi tuvo lugar en 1246, en la ciudad de Lieja, como fruto de la piedad eucarística de santa Juliana que era priora del monasterio de Monte Cornillon.

Se inició con una intención apologética frente a la tesis de Berengario de Tours, que afirmaba que la presencia de Cristo en la Eucaristía era solamente simbólica. Para reafirmar la fe de la Iglesia, y como pública profesión de fe, el Papa Urbano IV la aprobó en el año 1264 con la bula **Transiturus de hoc mundo**.

Es una fiesta de las más populares de la cristiandad que, ordinariamente, se celebra con procesiones masivas: una tradición introducida por Juan XXII en 1316, y que vino a ser como la culminación de un movimiento de ardiente devoción popular hacia la Eucaristía.

En la solemnidad de este día se ha de tener presente lo que se afirma en el Ritual de la Sagrada Comunión y el Culto Eucarístico fuera de la Misa, en el número 80: *“Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el Sacramento, recuerdan que*

esta presencia proviene del Sacrificio y se ordena al mismo tiempo a la comunión sacramental y espiritual”.

No en vano la eucaristía del día se abre con un texto tomado del libro de los salmos, que dice así:

“El Señor los alimentó con flor de harina y los sació de miel silvestre” cfr sl. 80,12).



El canto de comunión, a su vez, nos dice en que se transformó ese primer alimento y el fruto de participar de *“esa flor de harina”*: ***“el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mi y yo en él”*** cfr Jn 6, 57. San Ignacio de Antioquía, en el s.II escribía a los cristianos de Éfeso y les decía asombrado: ***¡Somos portadores de Dios!***

San Juan Pablo II subrayaba tres aspectos a tener en cuenta en este sacramento:

-Sacrificio. El de Jesús en la cruz.

-Comunión. Mi carne es verdadera comida.

-Presencia. Esto es mi Cuerpo.

Nadie coma de este cuerpo, si primero no lo adora

Al acercarnos a este misterio del Cuerpo y la Sangre de Cristo, hemos de tener en cuenta lo que

el santo obispo de Hipona afirma: *“nadie coma de este cuerpo, si primero no lo adora”*.

En la oración colecta, en la anamnesis, se dice *“que en este sacramento nos dejaste el memorial de tu pasión”*; de ahí la petición que seguidamente se hace: *“...concédenos venerar los sagrados misterios...”*. La adoración ha de ser el aire que se respira en su celebración.

Un himno de silencio

Pero...¿qué significa adorar? Es elevar un *“himno de silencio”* a Dios. Así lo afirmará san Gregorio Nacianceno en sus poemas sobre la fe, puesto que *“a medida que uno se acerca a Dios la palabra debe acortarse, hasta volverse completamente silenciosa y unirse al silencio de aquel que es inefable”* como bellamente comenta Dionisio Aeropagita en su Teología mística.

La adoración conlleva, por parte de quien la realiza, una humilde sumisión y generosa entrega. Es reconocer que nada ni nadie tiene derecho a estar ante Él, puesto que todo es pura gracia. En la adoración se sacrifica la propia autosuficiencia.

Es el estupor enraizado en el corazón el que lleva a pedir, como así lo comentó el Papa Francisco: *“escucha y perdona”*. Y pide a los sacerdotes: *“enseñen al pueblo a adorar en silencio”*.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 147, 12-15.19-20



¡Glorifica al Señor, Jerusalén, alaba a tu Dios, Sión!

Él reforzó los cerrojos de tus puertas

y bendijo a tus hijos dentro de ti.

Él asegura la paz en tus fronteras

y te sacia con lo mejor del trigo.

Envía su mensaje a la tierra, su palabra corre velozmente.

Revela su palabra a Jacob, sus preceptos y mandatos a Israel:

a ningún otro pueblo trató así

ni le dio a conocer sus mandamientos.

Oramos en este día con el Salmo 147. En él encontramos motivos para la gratitud. El Espíritu Santo nos invita a la glorificación por el cuidado de Dios hacia los que tienen corazón de pobre porque viven situaciones difíciles, como sucedió históricamente con la destrucción de Jerusalén en tiempo del exilio de Babilonia y que el salmo recoge.

Fue lo que aconteció en Jerusalén. Envuelta en un gran dolor por lo que significó su destrucción, Dios la reconstruye, como fruto del dolor que se hace oración, y de su interior, a modo de precioso manantial, brota el agua clara de la glorificación que refresca el corazón de quien la saborea.

Jerusalén es el "*lugar*" donde se revela plenamente el misterio del encuentro entre Dios y la humanidad herida junto con toda la creación. ¡Es el lugar simbólico y profético de la paz! Donde celebra se celebra y se da gracia por su obra de salvación.

En este salmo, que la liturgia de este día lo utiliza como responsorial, se puede intuir y saborear los últimos capítulos de la Biblia. En el libro del Apocalipsis 21-22, se anuncia la alianza nupcial entre Dios y todo lo creado que ha sido recreado gracias a la cruz de Cristo.

La historia, que ha sido de salvación, resplandece en toda su belleza y poder:

Él es el que pone paz y lo hizo por la sangre de su cruz.

Él es el que alimenta a su pueblo con la flor del trigo y lo hace dándonos su Cuerpo y Sangre como precioso alimento.

Él es el que nos refuerza por dentro gracias al don del Espíritu Santo que se nos ha dado como su último aliento.

Todo el universo creado está bajo el señorío de esa Palabra que ha sido sembrada en el corazón de la Iglesia: "*con ninguna nación obró así ni le dio a conocer sus preceptos*". La "*elección*" no es un privilegio sino un compromiso evangelizador que brota de la glorificación.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo del

Smo. Cuerpo y Sangre de Cristo

"A"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Jesús dijo a los judíos: **Éste es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente.»**